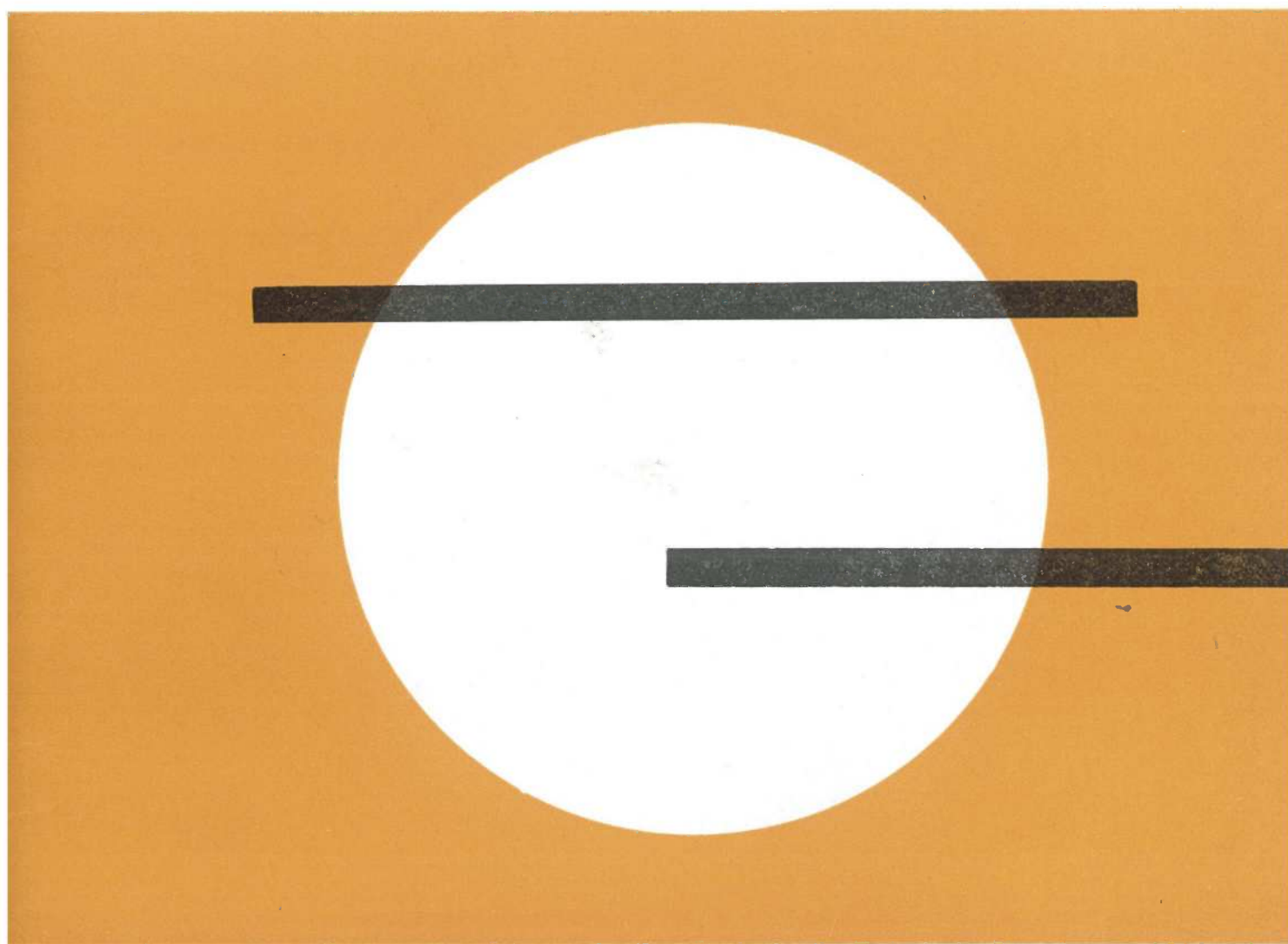


LA POBLACION Y LOS ABASTECIMIENTOS



ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS
PARA LA AGRICULTURA Y LA ALIMENTACION

DISERTACION EN MEMORIA DE McDOUGALL, 1959

LA POBLACION Y LOS ABASTECIMIENTOS

DISERTACION EN MEMORIA DE McDOUGALL, 1959

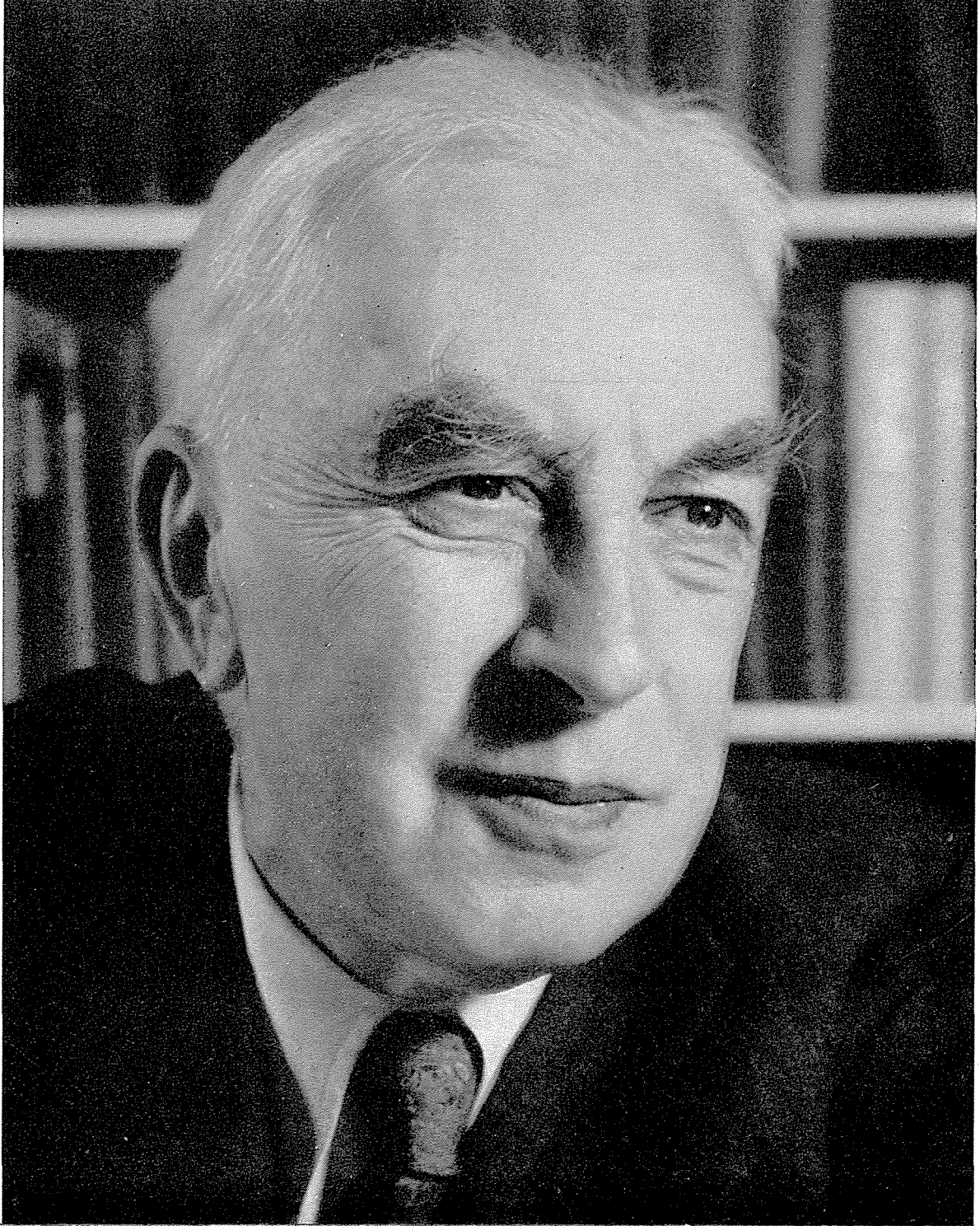
LA POBLACION
Y LOS ABASTECIMIENTOS

por ARNOLD TOYNBEE

ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS
PARA LA AGRICULTURA Y LA ALIMENTACION
ROMA, 1959

© FAO 1959

Impreso en Italia



El famoso historiador inglés Arnold Joseph Toynbee nació el 14 de abril de 1889 y se educó en Winchester y en el Balliol College de Oxford. Debe principalmente su renombre a su obra monumental Estudio de la Historia y a su labor de colaborador y director de los Surveys of International Affairs, publicados bajo los auspicios del Royal Institute of International Affairs de Londres, en el que fue Director de Estudios de 1925 a 1955.

Durante la segunda guerra mundial los recursos del Instituto fueron puestos a disposición del Foreign Office y el Dr. Toynbee asumió el cargo de Director del Departamento de Investigaciones del mismo.

De 1912 a 1915 fue profesor y director de estudios del Balliol College, Oxford. Terminada la primera guerra mundial fue nombrado profesor titular de la cátedra Koraes de Literatura e Historia bizantina y Griego moderno y desde 1925 Profesor encargado de investigaciones de Historia Internacional en Londres. Se jubiló en 1955 y en ese mismo año se le concedió el título de profesor honorario.

Además del célebre Estudio de la Historia figuran entre sus libros más recientes: El Mundo y el Occidente (Conferencias Reith en 1952); An Historian's Approach to Religion; Christianity among the Religions of the World; East to West: A Journey round the World, y Hellenism.

La disertación en memoria de McDougall fue instituída en 1958 por acuerdo adoptado en el 29º Período de Sesiones del Consejo de la FAO, de conformidad con una propuesta hecha por el Director General, para conmemorar a Frank Lidgett McDougall, que fue desde el principio una de las personalidades más destacadas de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, concebida en buena parte por él.

McDougall falleció el 15 de febrero de 1958 en Roma a la edad de 74 años. La parte que desempeñó en la creación de la FAO se puede resumir en pocas palabras. En 1942 se entrevistó con el Presidente Roosevelt a quien le expuso la idea de fundar un organismo internacional dedicado a los problemas mundiales de la producción y distribución de los alimentos. En mayo de 1943 se celebró en Hot Springs, Virginia, la primera conferencia de las Naciones Unidas sobre la agricultura y la alimentación, a la que McDougall asistió como miembro de la delegación de Australia. A partir de entonces, trabajó activamente por la creación de la FAO en la Comisión Interina de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación y, posteriormente a la fundación de la FAO en 1945, fue Consejero y más tarde Ayudante Especial del Director General. Con tal carácter representó a la FAO durante varios años ante la Asamblea General de las Naciones Unidas y el Consejo Económico y Social.

Al instituir las disertaciones en memoria de McDougall, el Consejo de la FAO especificó que el conferenciante debería ser una persona de prestigio mundial, de cualquier nacionalidad y que debería dársele una gran libertad en cuanto a la elección del tema, pero que éste debería tener cierta relación, directa o indirecta, con los problemas mundiales de la agricultura y la alimentación y con los de la población y los abastecimientos.

La primera Disertación en Memoria de McDougall fue pronunciada por el doctor Arnold Toynbee, el distinguido historiador, el 2 de noviembre de 1959, en Roma, en una sesión plenaria de la Décima Conferencia de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación. El presente folleto contiene el texto de dicho discurso. El hecho de que la FAO lo publique en sus tres idiomas de trabajo no debe interpretarse en el sentido de que las opiniones aquí expresadas sean necesariamente las de la Organización.

LA POBLACION Y LOS ABASTECIMIENTOS

La segunda guerra mundial ha sido, a mi juicio, una de las más hondas tragedias que registra la historia hasta ahora. Su carácter particularmente trágico se debe a que, como ha sostenido Sir Winston Churchill, hubiera podido evitarse. Sin embargo, durante esa guerra, y por el hecho de no haberse evitado, se produjo un acontecimiento que andando el tiempo quizás llegue a considerarse como un afortunado giro de la historia. Durante la segunda guerra mundial, por vez primera, una organización política, actuando en nombre de todo el género humano, asumió la responsabilidad de luchar por que en esta grave crisis todos los hombres, en todas las partes del mundo, disfrutaran cuando menos de los medios de subsistencia suficientes para sobrevivir.

La organización política que adoptó esta histórica determinación fue las Naciones Unidas en la estructura que tuvo durante la guerra, es decir, el embrión de la organización universal que más tarde heredó su nombre. Se trataba simplemente de una coalición de Estados en conflicto con otra coalición, no obstante lo cual las Potencias Aliadas y Asociadas hicieron suya la causa del bienestar de todo el mundo. En plena guerra empezaron a proyectar el socorro posbélico, no sólo para sus propios territorios, sino también para los países ocupados por sus adversarios e incluso para los propios países antagonistas, mediante un plan de socorros en escala mundial, el primero de semejante amplitud. Y no se trataba simplemente de una resolución bien intencionada; para llevarla a efecto se creó un organismo — la Administración de las Naciones Unidas para el Socorro y la Rehabilitación (UNRRA) — dotado de medios apropiados. Verdad es que la misión de la UNRRA era temporal y debía ter-

minar, como concluyó en efecto, una vez superada la crisis en la posguerra. Pero incluso desde antes de que terminaran las hostilidades, se estaban trazando ya los planes necesarios para instaurar una organización de carácter permanente que trabajase constructivamente en ese mismo campo en las condiciones, más propicias, de la paz. En octubre de 1945, estos planes fructificaron en el establecimiento de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación.

¿ Qué circunstancias contribuyeron al cumplimiento de tan grandes y pre-videntes actos de alta política? En general, la política ha sido siempre un ocuparse de lo que apremia aquí y ahora. Incluso en épocas de paz, los estadistas actúan bajo unas presiones tan fuertes que les es difícil atender a ningún asunto público que no sea de urgencia inmediata. Esta preocupación por las exigencias del momento se duplica e incluso se triplica, como se comprenderá fácilmente, en épocas de guerra. Por ello, si se consideran las fechas, la creación de la UNRRA y todavía más la fundación de la FAO aparecen como milagros. Pero un milagro es, a mi entender, un acontecimiento que la mente humana no puede explicar. Si esta definición es exacta, entonces aquellos dos acontecimientos no fueron milagros, por la sencilla razón de que sabemos porqué ocurrieron. Conocemos el nombre de algunos de los personajes que dieron el ser a estas dos benéficas organizaciones y que las guiaron en las primeras y críticas etapas de su actividad. Tanto la UNRRA como la FAO nacieron de la colaboración creadora de dos tipos de individuos: funcionarios públicos con la visión y los conocimientos necesarios para proyectarlas, y hombres de estado con la visión y la autoridad que se requerían para traducir los proyectos en realidad. Deseo mencionar, *honoris causa*, un eminente representante de cada clase: entre los estadistas, Franklin D. Roosevelt; entre los funcionarios públicos, Frank McDougall. Muchos de los presentes trabajaron con McDougall y saben por experiencia personal qué servicios prestó este hombre a la FAO y, por medio de la FAO, al género humano. La fundación de las disertaciones en memoria de McDougall es una de las tantas formas con que se ha querido reconocer públicamente esos servicios. Al invitarme para pronunciar la primera conferencia de esta serie, el Dr. Sen me confirió un gran honor y me brindó una gran oportunidad, tan grande que temo no estar a la altura de tan solemne ocasión.

¿Cuál de las dotes de McDougall fue la que mayormente contribuyó a hacer de él el gran hombre que fue? Poseía una rica experiencia como administrador; conocía su materia a fondo; era un excelente colega. Todas estas espléndidas cualidades contribuyeron a que su labor fructificara en la forma que todos vemos; pero a mi modo de ver la verdadera causa de su éxito fue su inquebrantable fe. La idea que andando el tiempo se concretó en el establecimiento de la FAO no fue en modo alguno una feliz ocurrencia, como tampoco el proyecto que nació de ella fue una improvisación. McDougall empezó sus trabajos preliminares ya desde 1933, como reacción contra un revés de tal calibre que a un hombre de fe menos templada le hubiera llevado al escepticismo, en el convencimiento de que nada podía hacerse para mejorar la forma en que se abordan los problemas humanos. En 1933, la Conferencia Monetaria y Económica Internacional se reunió y disolvió sin haber puesto en marcha ninguna medida efectiva para combatir la crisis económica en que se debatía el mundo. La responsabilidad de semejante fracaso se puede atribuir en parte al Presidente Roosevelt, quien más tarde había de demostrar tan profunda comprensión de las ideas de McDougall y había de prestarle su poderosa ayuda para llevarlas a efecto. Pero esta última oportunidad pudiera no haberse presentado nunca si McDougall, y un pequeño grupo de amigos suyos animados del mismo espíritu, no hubieran seguido luchando tenazmente en circunstancias adversas, durante los diez años siguientes. Ante el fracaso de la Conferencia Monetaria y Económica Internacional de 1933, McDougall se negó a perder la esperanza. El suyo fue un acto de fe. Pero ¿fe en qué? La suya era una fe que acabó moviendo las montañas, y por tanto debe haber tenido un objetivo que la justificaba plenamente. Para mí, se trataba de una fe en la naturaleza humana, de la convicción de que los seres humanos poseemos bondad, sabiduría, discernimiento, habilidad y libertad de elección en grado suficiente para gobernar y guiar el rumbo de los destinos humanos en una medida que justifica cualquier esfuerzo. Naturalmente, la idea de guía supone una meta. A mi modo de ver, la meta de una filosofía activa como era la de McDougall consistía en procurar que la vida del hombre fuera más humana de lo que hubiera sido si los seres humanos se hubiesen resignado a abdicar, dejando que la naturaleza siguiera su curso sin intervención de la humana voluntad. Por supuesto, la voluntad humana goza de libertad para elegir entre el bien y el mal. Puede obrar peor

que la naturaleza, pero también puede actuar mejor que ella. Tiene la posibilidad de dar al curso de los asuntos humanos un rumbo más racional, es decir, más en armonía con las ideas humanas del bien. A mi modo de ver, es éste el significado que damos actualmente a la palabra « humano ». El vocablo tiene una larga historia que se remonta a Cicerón y, a través de éste, a los griegos. Se ha convertido en uno de los lemas de la versión liberal de nuestra civilización moderna. Me atrevería a definir la fe de McDougall como la fe en la capacidad y voluntad del hombre para hacer más humana la vida de los hombres.

McDougall y sus amigos fueron personalmente afortunados en su campo de actividades. Pero aunque no hubiera sido así, hubieran dedicado íntegra la vida a trabajar con todas sus fuerzas por el bien de la humanidad, y una existencia consumida en tal empresa es una existencia que se justifica, independientemente de los resultados que se obtengan. En esa misma época, otros hombres — igualmente capaces, y no menos rectos y altruistas — tuvieron en las sombrías horas de la guerra, la desgracia de trabajar en pos de un objetivo que implicaba la destrucción en gran escala de la vida humana. La creación de la FAO no es el único acontecimiento histórico que hace del año 1945 un momento crucial de la historia. En ese mismo año, se logró convertir la energía atómica en arma de guerra.

Desde el punto de vista de la humanidad, estos dos históricos acontecimientos del año 1945 son como los polos opuestos en la escala de las conquistas humanas. Sin embargo, existe entre ellos una conexión histórica, una conexión estrecha. Ambos acontecimientos fueron el fruto de todo un proceso de crecimiento del poder del hombre, proceso que empezó desde los albores de la historia pero que en los últimos tiempos ha venido acelerándose cada vez más. En 1945, el hombre se encontró por fin a punto de adquirir la potencia necesaria para ofrecer a todo el género humano un nivel de vida humano — espiritual y material — o para cometer el « genocidio », neologismo que hemos tenido que acuñar para describir una atrocidad que hasta ese momento estaba fuera de nuestro alcance. « Mira, hoy pongo ante ti la vida con el bien, la muerte con el mal ». Estas palabras se escribieron en el siglo VII antes de Cristo, pero lo mismo podrían haberse escrito hoy o en la era paleolítica. Expresan la situación del hombre tal cual ha sido desde que nuestros antecesores prehumanos se convirtieron en hombres. Ser humano significa poseer albedrío para

escoger entre el bien y el mal. Bien y mal siguen siendo lo que siempre han sido; pero con cada aumento sucesivo de la potencia de la humanidad aumenta el valor de la vida y de la muerte.

Esto no ha hecho más que aumentar el peligro. Desde 1945, por vez primera desde que, en un cierto momento en el largo curso de la era paleolítica, el hombre empezó a predominar definitivamente sobre la naturaleza no humana, la especie humana se halla en peligro de total extinción. Pero ahora el peligro viene de nosotros mismos; nosotros somos, por tanto, sobre este planeta la única fuente de extinción que amenaza al hombre en la era de su supremacía. Ese peligro naturalmente es el de que utilicemos la energía atómica con fines destructivos. Este nuevo peligro que brota de nosotros mismos es mucho mayor que el asalto primigenio de la naturaleza no humana. Sin embargo, la magnitud y la evidencia del peligro, y el hecho de que ahora el enemigo del hombre es el hombre mismo, son, a pesar de todo, factores favorables en la situación presente, porque nos revelan que si tuvimos la potencia necesaria para crear esta amenaza, poseemos también el poder suficiente para conjurarla, y al mismo tiempo nos retan a que nos salvemos con nuestros propios esfuerzos. Lo único que no podemos hacer es cruzarnos de brazos y resignarnos al suicidio. La invención de las armas atómicas nos plantea como cuestión de vida o muerte la necesidad de creer en lo que he llamado la filosofía de McDougall y de actuar conforme a ella. Aprovechada con espíritu constructivo, la energía atómica puede abrir para la humanidad una nueva era de progreso, de características tan singulares como las nuevas eras que inauguraron la « invención » de la agricultura y la metalurgia y la revolución industrial.

En tiempos pasados predominó la filosofía opuesta: la filosofía de la resignación. Esta filosofía derrotista ha sido siempre infiel a los hechos. Desde que se volvió humano, el hombre ha tenido una cierta libertad de elección; sólo que, cuando su potencia estaba en su infancia esa libertad no era tan evidente como lo es hoy día. En aquellas épocas el hombre se sentía indefenso ante fuerzas que hoy nos consideramos capaces de gobernar. Entonces, el hombre se sentía impotente, por ejemplo, ante los tres azotes clásicos de la guerra, la peste y el hambre. Para nuestros antepasados, una invasión humana o una plaga de langosta eran una misma cosa. Prevenir las era imposible; la única solución era combatir las y destruirlas so pena de verlas devorar las cosechas

y ser aniquilado por ellas. A nadie se le había ocurrido todavía que fuera posible razonar con los enemigos humanos, por el hecho de que son humanos, con la posibilidad de llegar, por medio del diálogo, a la convicción del mutuo interés en el mantenimiento de la paz, sobre la base de recíprocas concesiones libremente concertadas. Por el contrario, la única forma de relación posible entre dos tribus era la fuerza, como entre el hombre y la langosta. En cuanto a la peste y el hambre, también estas calamidades, al igual que la guerra, se aceptaban como obras de la Providencia. ¿Qué posibilidad tenía el hombre de desterrar las enfermedades o de influir en las condiciones meteorológicas por medio del pensamiento? Cuando Dios dio a David a elegir entre el hambre, la peste y la guerra como castigo por una falta, David consideró que se le concedía un señalado favor. Dios hubiera podido hacer la elección El mismo, en vez de dejarla a David; o bien hubiera podido castigar a David y a su pueblo con los tres azotes a la vez.

Pero en la actualidad no nos sentimos ya impotentes contra ninguna de estas tres clásicas maldiciones. Hemos combatido contra la peste y hemos realizado grandes progresos hacia su eliminación. La medicina — preventiva y curativa — ha derrotado a las enfermedades; y tanto los animales domésticos como las plantas, al igual que los seres humanos, se han beneficiado de esta victoria del hombre. Esta victoria está a punto de ser consumada por la alianza entre la salubridad pública y la nutrición: el matrimonio de la salud con la agricultura, como ha dicho Lord Bruce. En cuanto a la guerra, sabemos que está en nuestro poder abolirla si tenemos la voluntad de hacerlo: en el momento actual el estímulo para que ejercitemos esa voluntad es enorme. Tenemos el poder de hacerlo porque hemos adquirido el hábito de negociar y desde hace mucho hemos organizado los conductos apropiados para hacerlo. Incluso en el campo político, donde más ardua es la cooperación, sabemos que podemos constituir un gobierno mundial si nos decidimos a ello. Pero ¿y el hambre? He ahí el problema que interesa primordialmente a la FAO. Es este antiguo adversario del género humano el que la FAO ha recibido la consigna de combatir. Sabemos que podremos vencer también al hambre, pero es posible que esta operación requiera mucha más paciencia y tacto que cualquiera de las otras dos.

Gobernar en forma racional y humana el curso de los asuntos humanos es posible sólo en la medida en que haya concordia y cooperación entre los hom-

bres. Persuadir aun cuando sólo sea a dos personas a trabajar de concierto ya es difícil. La dificultad aumenta en progresión geométrica con cada unidad que se añade al número de las personas que deben cooperar. Este hecho es evidente, pero tiene repercusiones prácticas importantes, una de las cuales es que, desde el punto de vista de la aplicación práctica, hay que saber distinguir entre las medidas racionales que se pueden llevar a cabo con mayor o menor eficacia, por acuerdo y colaboración entre gobiernos, y aquellas otras que para llevarse a efecto dependen de la decisión personal y particular de centenares de millones de individuos. Salta a la vista que en esta segunda situación el proceso mediante el cual se obtendrá la cooperación efectiva será más laborioso y prolongado.

Claro está que ningún gobierno, ni siquiera un gobierno despótico, puede lastimar los sentimientos de sus súbditos o ultrajar sus más profundas convicciones más allá de cierto límite. A la larga, no hay gobierno que pueda sostenerse sin un mínimo de consentimiento de sus gobernados. Las más de las veces, incluso en los países democráticos, el gobierno puede contar con la aquiescencia pasiva de sus súbditos, cuando las medidas que se quieren poner en práctica no sean susceptibles de suscitar violentas controversias. Existen, en efecto, medidas que los gobiernos pueden adoptar y realizar por propia iniciativa y por medio de su propia organización; en este campo, la colaboración es relativamente fácil, debido a que el número de voluntades que deben coordinarse es relativamente pequeño. Tomemos por ejemplo un país ultrademocrático: considérese la palabra « gobierno » en el sentido más amplio, e inclúyase en ella a todos los funcionarios públicos y a todos los miembros del Parlamento, así como al gabinete y al Jefe del Poder Ejecutivo. Se verá que el número total de personas interesadas es escaso si se compara con la población total, incluso tratándose de un pequeño país. Por otra parte, tampoco el número de gobiernos que existe en el mundo es grande. Aunque su número ha aumentado últimamente con la progresiva emancipación de pueblos hasta ahora dependientes, el total no pasa del centenar. Esto significa que, en aquellos campos en que los gobiernos pueden actuar eficazmente, se pueden poner en vigor en todo el mundo medidas aprobadas, como máximo, por cien mil o doscientas mil personas en total. Es obvio que estas medidas son mucho más fáciles de llevar

a la práctica que aquellas que dependen de la cooperación de los dos o tres mil millones de personas que pueblan la tierra.

La medicina preventiva es un campo en que la actividad gubernamental ha sido notoriamente eficaz. Pero se trata de un problema fuera de discusión. Todos los seres humanos reconocen como cosa normal que el mejoramiento de la salud universal es un objetivo que tanto los gobiernos como el público deben perseguir activamente. Y aunque a veces se hacen objeciones de conciencia a ciertas medidas de salubridad pública — como la vacuna antivariólica, para no ir más lejos — se puede asegurar que, por lo que se refiere a la mejora de la salud pública, los gobiernos pueden contar con el apoyo de sus respectivos súbditos y con la aprobación de los demás gobiernos. Gracias a ello, las medidas de medicina preventiva adoptadas en los últimos cien años han producido enormes efectos en breve espacio de tiempo; si el mejoramiento de la salubridad pública dependiera sólo de la medicina preventiva su progreso estaría asegurado. Pero aquí tropezamos con una cuestión puesta de relieve por McDougall y que Lord Bruce ha resumido en su argumentación en pro del matrimonio de la salud con la agricultura. La medicina preventiva, aun siendo benéfica, es también negativa como su mismo nombre implica. Puede liberar a la humanidad del pesado tributo que las enfermedades le han cobrado en todos los tiempos, pero no puede suministrar los elementos positivos de la salud y del vigor humanos. La salud exige el matrimonio de una medicina preventiva eficaz con una nutrición adecuada, lo que quiere decir la ingestión de los alimentos apropiados, no sólo en cantidad suficiente, sino en proporciones justas. Quiere decir una dieta en la que los alimentos energéticos y protectores estén debidamente equilibrados. Y aquí, como bien sabemos, tropezamos con obstáculos que no encuentran los que tratan de mejorar la salubridad pública mediante la medicina preventiva.

En el campo de la medicina preventiva, el género humano se comporta hoy día más o menos como una gran familia. La lucha contra las enfermedades se libra en escala mundial. Desde un punto de vista ideal, la producción y la distribución de los alimentos del mundo debería organizarse en la misma escala mundial y, a decir verdad, habrá que hacerlo así antes de mucho si se quiere seguir alimentando la creciente población del mundo. Sin embargo, por lo que hace a esta finalidad, el mundo sigue dividido en unidades locales, cada

una de las cuales persigue una política hasta cierto punto estrecha y egocéntrica. La cuestión de los alimentos que debe cultivar cada país y de los que debe importar sigue siendo motivo de controversias y conflictos políticos. En este punto, el objetivo humanitario de nutrir adecuadamente a todo el género humano tropieza con los mismos obstáculos que el objetivo humanitario de la abolición de la guerra. En ambos casos las dificultades son de carácter político. Sin embargo, es menester añadir que en la batalla por una nutrición apropiada existe otro obstáculo de carácter no político aún más formidable. Imaginemos por un momento que todos los gobiernos del mundo resuelven ser tan previsores y cooperativos en sus políticas de nutrición como lo han sido en sus políticas sanitarias. ¿Significaría ello que el problema de la nutrición ha sido resuelto? En modo alguno. Significaría solamente que se ha eliminado el obstáculo preliminar de carácter político y que se puede pasar a la tarea de convencer a los millones de individuos que pueblan el mundo de que hagan lo que deben hacer para elevar sus niveles de nutrición.

Un proverbio dice « se puede llevar un caballo al abrevadero, pero no puede obligársele a beber ». Un gobierno puede eliminar las restricciones a la importación de los alimentos en su territorio; puede también ejercer una influencia considerable cuando se trate de decidir qué alimentos, y en qué cantidades relativas, deberán producirse en el propio país. Pero lo que no puede decidir es lo que habrán de comer sus súbditos o qué régimen alimentario deben imponer los padres a sus hijos. Tiene, al menos, en sus manos la posibilidad de hacer que ciertos alimentos sean difíciles o imposibles de conseguir. Lo que no puede hacer es obligar a sus ciudadanos a que escojan tales o cuales alimentos entre los que se les ofrecen, ni tampoco puede decidir las proporciones de unos y otros. Y, sin embargo, de esas decisiones depende la diferencia entre una nutrición adecuada y la desnutrición. Sólo que en este caso la elección debe brotar del albedrío de millones de hombres y mujeres. El estudio científico de la nutrición se halla aún en su infancia, y aunque los conocimientos acumulados son muchos, hasta ahora son patrimonio casi exclusivo de un pequeño grupo de investigadores. La dieta de la gran mayoría de la humanidad se determina aún por hábitos inmemoriales fortificados por el prejuicio. Para que los pueblos se alimenten como conviene, no basta con que los gobiernos pongan a su alcance los alimentos apropiados. Es preciso convencer a las per-

sonas, una por una, de que los tomen; para ello se necesita una campaña de educación en masa, lo que a su vez requiere trabajo, dinero y tiempo. He ahí el meollo del problema de la nutrición. Hay que convencer a millones de seres humanos, ignorantes y llenos de prejuicios, de que cambien sus costumbres, a fin de que su régimen alimentario se ajuste a los dictámenes de la ciencia.

Pero la dieta no es el único campo en que es necesario educar y convertir a las masas para librarlas de la amenaza del hambre. Los artículos necesarios para una buena alimentación se deben producir en cantidad suficiente para alimentar a la población del mundo, cualquiera que sea su número. La evolución demográfica depende de los altibajos que registre la razón entre la tasa de mortalidad y la tasa de natalidad. En los últimos tiempos, la medicina preventiva aplicada por las autoridades competentes ha reducido sensacionalmente la tasa de mortalidad en casi todo el mundo, inclusive en muchos de los más populosos entre los países que se denominan «atrasados». Si paralelamente a este progreso de la medicina preventiva se produjera también un mejoramiento de la nutrición, la tasa de mortalidad descendería todavía más, sobre todo la tasa de mortalidad infantil. Ello sería una gran victoria de la humanidad sobre la inhumana práctica de la naturaleza de multiplicar sus criaturas en número superabundante para equilibrar las bajas previsibles. Pero los seres humanos no quieren seguir siendo partidas de «reposito» en el extravagante balance de la naturaleza. Y esta rebelión es, desde luego, absolutamente legítima desde el punto de vista humano. Pero, por otra parte, si la humanidad está a punto de acabar con los estragos que anteriormente hacían en ella la peste y la guerra, se está creando un grave problema, el problema del incremento demográfico desenfrenado. Nuestros esfuerzos para reducir la tasa de mortalidad deben ir acompañados de otros esfuerzos igualmente conscientes para limitar la tasa de natalidad. Los recursos del planeta, aun cuando se administren, desarrollen y fomenten científicamente en beneficio de toda la familia humana, acabarán un día por no poder alimentar una población que crece *ad infinitum*. Podremos seleccionar los cultivos y el ganado más convenientes y escoger los suelos más apropiados; podremos cultivar el mar, como han empezado a hacer los japoneses; pero tarde o temprano la producción de alimentos llegará a sus límites y si para entonces la población sigue expan-

diéndose, el hambre causará la hecatombe que en el pasado causaban combinadas el hambre, la peste y la guerra.

Estos conceptos serán, sin duda alguna, lugares comunes para los expertos, pero a mi modo de ver no sólo es necesario insistir en ellos, sino que incluso habría que proclamarlos a gritos desde lo alto de los tejados. Es nuestro deber hacernos oír e influir en los miles de millones de personas de cuyas voluntades individuales depende la reducción de la tasa de natalidad. La mortalidad ha disminuído gracias a la acción benéfica de un pequeño número de personas situadas en puestos de responsabilidad. Pero, por desgracia, cuando se toca el problema de reducir proporcionalmente los nacimientos, las autoridades públicas resultan prácticamente impotentes. En este respecto la iniciativa está en manos de los individuos que pueblan la tierra.

Es necesario educar a estos miles de millones de personas en dos campos simultáneamente. Por lo que se refiere al de la nutrición, es menester conven- cerlos de la conveniencia de que cooperen con los gobiernos para reducir el porcentaje de muertes prematuras. En este dominio, los individuos que pueblan la tierra tienen sobre sí sólo una parte, si bien importante, de la responsabilidad: nada menos que reformar voluntariamente sus hábitos tradicionales de alimentación. Ahora bien, aunque nuestra dieta es una parte íntima de nuestra vida privada, no lo es tanto como nuestros hábitos sexuales, cuya reforma será todavía más urgente de lo que ya es si la labor educativa de la FAO en materia de nutrición da los frutos que de ella se esperan.

Hasta hace poco, en todo el mundo, y aún hoy en la mayoría de las regiones, el hombre ha seguido y sigue ciegamente en su vida sexual los dictados de la naturaleza, multiplicándose al máximo. Dejar que la naturaleza siga su indisciplinado curso en lo tocante a reproducción de la raza humana puede haber sido sensato en la época en que se la dejaba obrar también libremente cuando diezmaba la humanidad por medio de la guerra, la peste y el hambre. Pero, en nuestra condición de seres humanos, nos hemos al fin rebelado contra tan insensato derroche. Hemos empezado a imponer a la máquina despiadada de la naturaleza un nuevo orden humano. Pero una vez que el hombre empieza a dictar normas a la naturaleza, no se puede parar a mitad del camino. No es posible cercenar impunemente la tasa de mortalidad y al mismo tiempo permitir que la de natalidad siga su impulso natural. Tenemos la obligación

de esforzarnos por establecer un equilibrio, so pena de que tarde o temprano el hambre se desencadene de nuevo por el mundo. Hémos aquí de vuelta al meollo del problema. La tasa de mortalidad se puede reducir mediante medidas de carácter público adoptadas por unos cuantos individuos; la tasa de natalidad sólo se puede reducir o estabilizar mediante un acto individual de voluntad por parte de la mayoría de los hombres.

Si lo que buscamos es una excusa para abstenernos de obrar, podemos decir que la multiplicación ilimitada es un instinto humano y no ocuparnos más del asunto. Pero ¿es legítimo afirmar que existen instintos en la naturaleza humana? Y admitiendo que existan ¿son verdaderamente irreductibles a la voluntad del hombre? No creo que podamos justificarnos con el argumento del instinto. Lo que parece indudable es que, en esta cuestión capital de la tasa de natalidad, nos las tenemos con hábitos arraigados; pero no hay hábitos, por arraigados que estén, que sean inmutables. El hombre no puede añadir un codo a su estatura con la fuerza del pensamiento, pero sí puede cambiar la altura del sombrero y el grosor de las suelas de sus zapatos.

Sin embargo, aunque la tasa de nacimientos sea en el fondo una cuestión de costumbre, la tarea de modificar una costumbre es en esta esfera algo verdaderamente formidable. El hábito de multiplicarse al máximo puede no haber sido inspirado por el instinto, pero se justificaba por la experiencia en aquellas épocas en que la guerra, la peste y el hambre diezaban a la humanidad. Por otra parte, ha sido consagrado también por la religión. La perpetuación de la familia se convierte en un deber religioso cuando se piensa que la felicidad del más allá depende de los ritos que se practiquen después de la muerte y cuando se tiene la convicción de que sólo los propios descendientes pueden cumplirlos eficazmente. Tales creencias llevaban a exaltar el mantenimiento de un elevado número de nacimientos en las épocas en que la guerra, la peste y el hambre cobraban a la humanidad un pesado tributo de vidas.

De hecho, el problema es religioso en el sentido de que plantea la siguiente cuestión: ¿cuál es la verdadera finalidad del hombre? ¿Es acaso poblar la tierra con la mayor cantidad de seres humanos que el máximo suministro mundial de alimentos permita mantener simultáneamente? ¿O será más bien hacer que los seres humanos conduzcan la mejor vida compatible con las limitaciones espirituales de la humana naturaleza? De estos dos posibles obje-

tivos, el primero no podemos menos de considerarlo irracional. Es evidente que lo que importa no es que la superficie del planeta contenga, por ejemplo, cuatro mil millones en vez de tres mil millones de almas; lo que importa es que los seres humanos, independientemente de su número, puedan desarrollar las más altas potencias de su naturaleza; y si reconocemos que ésta es la verdadera finalidad del hombre, deberíamos tener como meta el hacer que la magnitud de la población sea la óptima para tal fin, de acuerdo con las circunstancias económicas y sociales de cada generación. Por supuesto, la cifra óptima no se puede determinar en términos impersonales. El límite máximo lo podrán fijar los límites de los suministros de alimentos y otros bienes materiales necesarios; en cambio, el límite inferior debe señalarse teniendo en cuenta lo más conveniente para las vidas individuales. Para la mayoría de los hombres y mujeres la vida es incompleta sin matrimonio e hijos; y, por lo que respecta a los hijos, la infancia puede ser incompleta sin un número mínimo de hermanos. Una buena vida en el seno de la familia: he ahí el criterio de que debemos partir para decidir la magnitud óptima de la población. Pero este objetivo es lo más distante que pueda concebirse del simple objetivo de la máxima densidad demográfica.

Sin embargo, cualquiera que sea el objetivo, tanto en el aspecto demográfico como en el de la nutrición, convendrá tener presente que la colaboración y los acuerdos entre gobiernos no serán suficientes para poner esa meta al alcance de la humanidad. En ambos campos se podrá conseguir únicamente en la medida en que lo hayan adoptado como cosa propia los innumerables individuos de cuyos innumerables actos de elección depende el resultado. Esto quiere decir que la fase política de nuestra tarea no será más que el principio. Terminada ésta, se plantea la tarea educativa. Es una empresa que necesitará mucho tiempo, puesto que habrá que predicar el nuevo evangelio a toda la humanidad, cuya gran mayoría sigue aherrojada por las cadenas de la ignorancia y la costumbre. Tratar de apresurar el proceso sería un grave error. La precipitación iría contra la propia finalidad. Provocaría incluso una reacción hostil, y, como bien sabemos, los seres humanos a la defensiva son tercos como mulos.

La situación exige el ejercicio de una moderación, una paciencia y una fortaleza sin límites por parte de aquella pequeña minoría en cuyas manos está

el manejo de la cosa pública. Las personalidades que ocupan estos elevados puestos tienen plena conciencia de los peligros que acechan en nuestro tiempo a la humanidad. Saben que, a menos que logremos abolir la guerra, estaremos en riesgo perpetuo de cometer un suicidio en masa. Saben también que, si no logramos regular la magnitud de la población mundial, estaremos empeñados en una peligrosa carrera entre el actual incremento desordenado de la población mundial y la expansión de los abastecimientos mediante los esfuerzos conjuntos de la política y la ciencia. Si bien técnicamente es posible — y ésta es además la tarea central de la FAO y los gobiernos — duplicar o triplicar los suministros mundiales, la carrera tiene un límite temporal, considerando que debe haber un máximo más allá del cual no se pueden acrecentar los abastecimientos. Mientras tanto, los estadistas y los hombres de ciencia tienen que encararse con el hecho de que, aun cuando supieran cómo se pueden resolver estos urgentes problemas, y aun cuando todos desearan en absoluta concordia que se llevaran a la práctica las soluciones posibles, sus voluntades — incluso sus voluntades conjuntas — no prevalecerán hasta que hayan logrado convertir al resto del género humano. Habrá que iluminar miriadas de inteligencias, y habrá que convencer a miriadas de voluntades para que hagan miriadas de difíciles elecciones personales, con frecuencia en contra de la fuerza del hábito.

Estos términos de conversión de masas son los términos en que debemos concebir la libertad del hombre para ejercer cierto control humano sobre los asuntos humanos. En un arranque de pesimismo podríamos sentirnos tentados a decir que esas condiciones — si es que en realidad lo son — gracias a las cuales el hombre puede utilizar su libertad, son tan enormemente difíciles que convierten la libertad del hombre en algo ilusorio. Si acaso, podremos gobernar nuestros asuntos dentro de la esfera en que una minoría experta y responsable puede actuar con eficacia sin requerir más que una aquiescencia pasiva por parte de la ignorante y fanática mayoría. Pero no podemos aspirar legítimamente a extender este control a cuestiones que dependen de la libre elección de una multitud de individuos. En ese terreno — aseveraría un pesimista — no nos queda otra solución que dar vía libre a la naturaleza; dejar que la composición del régimen alimentario de la humanidad y la magnitud de la población mundial se regulen por sí mismos; es poco probable que el resultado sea

bueno, y es muy posible que sea desastroso, pero no podemos hacer nada al respecto.

Pienso que este derrotismo no anidó nunca en el ánimo de McDougall y si nos dejáramos invadir por él indudablemente traicionaríamos la causa por la que tanto luchó. La empresa de convertir a la humanidad es, sin duda, de una magnitud tremenda; pero nosotros, los humanistas modernos, no somos los primeros que nos hemos lanzado a ella. Desde hace 2.500 años vienen realizándola los misioneros de las religiones históricas y sus inmensos logros constituyen precedentes que deberían llenarnos de ardimiento y confianza. En nuestra época disponemos de medios materiales que no poseían los primeros misioneros budistas y cristianos. Materialmente hablando, el mundo moderno ha sido constituido en una unidad para bien o para mal. Aunque estos medios materiales serán de mucha ayuda, no son por sí mismos garantía de éxito. Los misioneros de las religiones históricas pudieron convertir continentes enteros porque trabajaban por la salvación de los hombres a quienes predicaban. Tenían la convicción de que la naturaleza humana respondería a esta llamada, y así fue. Ahora, en nuestra actividad misionera, aunque quizás no nos inspiren creencias religiosas tradicionales, perseguimos el mismo objetivo de quienes las tienen o las han tenido. También nosotros buscamos la salvación de nuestros semejantes. Nos afanamos por convencerlos de que hagan elecciones individuales que pongan al alcance de ellos y de sus hijos una vida mejor. También nosotros debemos tener fe en la naturaleza humana, común a todos los hombres. Si tenemos esa fe, llevaremos a buen puerto la tarea de ayudar a esos millones de seres humanos a salvarse. Podemos ayudarlos a elegir bien al hacer la perenne elección del hombre entre la vida con el bien, y la muerte con el mal. Pero esa decisión tiene que hacerla cada uno de nosotros por sí mismo. Nadie puede hacerla por su prójimo.